

# CRONICA UNIVERSITARIA

## EN LA MUERTE DEL ARZOBISPO GARCIA BENITEZ

Por cuanto hoy murió en esta ciudad el Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Joaquín García, en edad avanzada, cargado de merecimientos, varón justo que consagró toda su vida al servicio de la Iglesia y la actividad de los últimos quince años a la Arquidiócesis de Medellín, cuyos destinos como jerarca y pastor rigió con prudencia y sabiduría, la Universidad Pontificia Bolivariana, de la cual fue ilustre Gran Canciller y a la cual demostró especial predilección, bendiciendo y apoyando todas sus obras y en especial consiguiendo para ella el título de Pontificia, lamenta el fallecimiento de tan egregio pastor y ordena la concurrencia de profesores y alumnos a sus exequias, la celebración de un solemne funeral por el eterno descanso de su alma en el Templo de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, de la Ciudad Universitaria, e izar a media asta sus banderas.

La Universidad guardará el nombre del Excelentísimo Señor García con veneración y con cariño como el de uno de sus más insignes benefactores.

Copia de la presente resolución será enviada al Excelentísimo Señor Tulio Botero Salazar digno Arzobispo de Medellín, a los muy distinguidos familiares del Excelentísimo Señor García y a la prensa hablada y escrita.

Medellín, septiembre 1º de 1958

Por el Presidente, *Javier Piedrahíta E. - Pbro.*

El Secretario, *Jesús M<sup>a</sup> Sierra R.*

---

### RESOLUCION N<sup>o</sup> 7

(De septiembre 1º de 1958)

LA SOCIEDAD DE INGENIEROS QUIMICOS DE LA U. P. B.

*Considerando:*

Que en el día de hoy falleció en la ciudad el Excmo. y Rvmo. Señor Joaquín García Benítez.

### *Crónica Universitaria*

Que el Excmo. Señor García fue dignísimo Arzobispo de Medellín y "Gran Canciller" de la Universidad Pontificia Bolivariana.

#### *Resuelve:*

Lamentar la desaparición del Excmo. Sr. Joaquín García Benítez, quien durante el tiempo en que permaneció al frente de los destinos espirituales de la Arquidiócesis se distinguió por su especial predilección hacia la Universidad Pontificia Bolivariana.

Levantar la sesión en señal de duelo.

Copia de la presente resolución será enviada al Excmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de Medellín, al Señor Rector de la Universidad y a los familiares del ilustre desaparecido.

*César Palacio Londoño*, Presidente.

*Jaime R. Echavarría, Ricardo Jaramillo, Jaime Londoño S.,  
Alvaro Velásquez, Horacio Obando M., Ignacio Betancur.*

*Germán Mejía Toro*, Secretario.

---

## HOMENAJE A LOS FUNDADORES DE LA FACULTAD DE INGENIERIA QUIMICA

*Por César Palacio Londoño*

Se quejaba un escritor mozo de que a su paso por numerosas universidades europeas sólo había encontrado un cementerio de placas y monumentos conmemorativos, en tanto que los institutos rusos, desprovistos de tales embelezcos, aparecían plenos de bullicio estudiantil y en loca actividad investigativa... Graves síntomas de nuestra época, señores, éstos que representan un pueblo materialista que desprecia el pasado, que vive la hora presente como si fuera la primera de un mundo creado por ellos, olvidando cómo para marcar el reloj las doce debió pasar la manecilla por un lento recorrido de horas y horas estructurando el día. Y grave también la radiografía de la universidad europea, prendida a la tradición y a los recuerdos, huérfana de grandes valores espirituales e incapaz de revivir un pasado glorioso, porque bajo las polvorientas aulas y las empolvadas togas se oculta la inútil lucha de varias generaciones que han oficiado los ritos de las filosofías disolventes de la Reforma y la Revolución, olvidando el Ara de los Sacrificios de dos milenios, inspiradora de la cultura y la civilización de la Roma Pontificia, maestra insuperable que cobija con su escudo y su bandera estos claustros.

Muy joven, nuestra Universidad ostenta en sus muros y jardines, consagrados en bronce y piedra perdurables, los nombres y los días que han forjado su breve pero gloriosa historia, porque no podemos olvidar que el valor heróico y la profunda visión colombianista de quienes la fundaron o la han conducido

sin desmayos ni claudicaciones por los caminos del triunfo, nunca fueron inferiores a la asombrosa empresa que se propusieron, puesta desde la mañana de su epifanía bajo el patrocinio del Libertador y Padre de la Patria. Si así no la hubiera consagrado Monseñor Manuel José Sierra, los atónitos espectadores de su progreso la habrían llamado Bolivariana, por su fuerza arrolladora, por su extraordinaria concepción de la nacionalidad, por su consagración a la cultura obrera, y sobre todo por la permanente vigencia de las libertades, porque aquí como en ninguna otra de las nacionales —y de ello soy testigo excepcional— han existido siempre la más sana autonomía, la más honesta libertad de cátedra. No consiste la autonomía universitaria en crear privilegios que garanticen el predominio de determinados círculos políticos, ni libertad de cátedra es aquella que tras de decirse aconfesional, para hacer a un lado las cuestiones de índole moral y religiosa, desemboca en un crudo materialismo marxista que resulta ser en la práctica, por negación, un auténtico confesionalismo ateo. No existe autonomía ni libertad donde la imponen grupos directivos o núcleos estudiantiles... Ni puede llamarse Universidad aquella que derrumba las loas donde alguien hizo profesión de fe, de fe en la libertad que quiso para sí y otorgó sin reservas a sus discípulos. Conviven en esta Universidad, que es católica y bolivariana, muchachos de muy diversas religiones y de todos los credos políticos, sin que hayan sido nunca hostigados en sus creencias, ni estorbados en sus prácticas religiosas o políticas. La iglesia sabe que a la sombra de su alero el abrazo de Dios alcanza a todos, que nadie se queda sin un poco de paz y bien moral.

La empresa de la fundación y consolidación de la Universidad Pontificia Bolivariana es una Batalla de Boyacá en el campo cultural, y tuvo en la temprana desaparición del fundador un renovado episodio de San Pedro Alejandrino. Manuel José Sierra, voluntad de acero, voz de trueno, energía de recio varón antioqueño, psicólogo por temperamento, espíritu sacerdotal por excelencia, forma en la galería de los símbolos de la Universidad con el escudo, la bandera y el himno.

España, mensajera de caridad en el Padre de Las Casas o en San Pedro Claver, dominadora de pueblos en Jorge Robledo y Jiménez de Quesada, portadora sin par de cultura y civilización a través de sus colegios, imprentas y universidades, nos trajo a Mutis, formó a Caldas y Nariño, y luego de la hazaña libertadora siempre dejó oír su mensaje educador en las cátedras que religiosos y seglares engalanaron con su acento y abnegación. Juan Consuegra de la Cruz, de la tierra de Cervantes y del Cid, tuvo el privilegio de lucir el noble título de Primer Decano de la Facultad de Ingeniería Química, nacida en cuna pobre, con aureola de incomprensión, pero proyectada con visión profética para la Colombia de hoy, que en el humo de sus chimeneas, en las inmensas techumbres de sus factorías, está señalando una vida nueva apuntalada en el extraordinario desarrollo industrial, del cual sois ejecutores afortunados vosotros, los fundadores, los que a una edad que no es propia para reflexiones serias, fuisteis severos, ponderados y fuertes cuando acudisteis al llamado de la Universidad ese diez de febrero de mil novecientos treinta y ocho, con la mirada puesta en los más altos ideales patrios y auténtico espíritu bolivariano que no vive de empresas fáciles ni de realizaciones mediocres.

El crecimiento de la población, el mejoramiento de sus condiciones económico-sociales, las necesidades de la vida moderna, etc., etc., ofrecían cada día mayores oportunidades a la expansión de los mercados nacionales, y de allí que las líneas ascendentes de la producción industrial o de las inversiones de capi-

tal en estos menesteres indiquen un ritmo de desenvolvimiento natural, forzado además por la protección estatal. Pero lo que sí no tiene antecedentes en la historia del país y resulta casi incomprensible, es la aventura que vosotros ayudasteis a coronar desde el instante mismo en que asentasteis matrícula en la primera Facultad de Ingeniería Química, en ésta que es madre de otros cinco institutos similares que hoy prosperan en distintos lugares de la república.

Nadie entendía que personal técnico colombiano pudiera sustituir con ventaja la experiencia de aquél que Francia, Inglaterra, Alemania o los EE. UU. habían desplazado hasta nosotros en condiciones de privilegios tales, que han venido a constituir una epidemia no del todo erradicada de la mentalidad de los directores y gerentes. Las investigaciones y prácticas de los laboratorios industriales parecían vedadas a nuestras universidades, acostumbradas a la formación de grupos de profesionales que respetando las aficiones y aptitudes de padres y abuelos, fueron médicos, abogados o ingenieros de minas, con títulos suficientes para encuadrar en la élite social e intelectual de la generación del Centenario. Vosotros intentabais algo nuevo en un campo reservado hasta entonces a pontífices de habla extranjera. Hoy día la responsabilidad técnica de nuestra industria tiene trama y urdimbre colombianas, como premio a vuestro esfuerzo.

Muchos años han pasado desde la fecha de vuestro ingreso en la Universidad, y muchos también desde el día en que coronasteis vuestros estudios. Estos renuevos que han venido a ocupar los bancos que dejasteis en 1942, están gritando vuestro triunfo, porque ellos no son la aventura sino la consolidación de una auténtica necesidad nacional, y los portadores como en las justas olímpicas de una llama eterna, que no puede disminuir en su brillo, que no puede cesar en su carrera de ascensos, y que en cada etapa, en cada estación anual, debe aparecer más depurada, más ardiente, para que su fuego consuma todo espíritu conformista que se asome hasta nuestros pórticos, y encienda y estimule un sano afán renovador porque la audacia de otros tiempos no resulte a la postre reemplazada con la inercia de las cosas viejas.

Alirio Correa, Nolasco Uribe, Darío Vélez, Alfonso Piedrahíta, Luis Guillermo Ortiz, Libardo Gómez, José M<sup>º</sup> Escobar, Abel Moreno, Samuel Alvarez, Jorge Lalinde... del adelanto y progreso de la Facultad, sois por juramento y por la antigüedad que señala este marmol consagratorio, obligados centinelas. Cerradle el paso a los débiles, a los mediocres, para que entren los de mente clara, espíritu creador y esforzado afán de progreso, a fin de que no haya un sólo instante en la vida de la Facultad que no sienta el estremecimiento y la sacudida de la fundación. Es vuestro deber, y es vuestro derecho!

---

EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LA SECCION PREPARATORIA

*Por Augusto Castro Ruiz*

“La educación es obra necesariamente social, no solitaria. Tres son las sociedades necesarias, distintas, pero armónicamente unidas por Dios, en el seno de las cuales nace el hombre: dos sociedades de orden natural, tales son la fa-

milia y la sociedad civil; la tercera, la Iglesia, de orden sobrenatural" (S. S. Pío XI en su encíclica "Divini Illius Magistri").

En general, a la familia, sociedad de inmediata institución divina, corresponde la educación de los hijos; pero, siendo la familia una sociedad imperfecta, pues carece de algunos medios para el perfeccionamiento de los individuos, y por lo tanto, incapaz de darles una educación integral, delega esta tarea en la sociedad civil, sociedad cuyo fin inmediato es el bien común temporal.

Ahora bien, existe una tercera sociedad, de orden sobrenatural y universal en medio de la cual nace el hombre: es la Iglesia.

Nace el hombre en esta sociedad por medio del bautismo, pues este le comunica la divina gracia que lo hace Hijo de Dios y por lo tanto miembro de su Iglesia.

La Iglesia, sociedad perfecta, en cuanto que posee todos los medios necesarios a su fin, que es la salvación eterna de los hombres, tiene por esta razón, un derecho inherente en la educación de los hijos.

Vemos pues, cómo de un modo general, la educación integral del hombre, es decir, en sus partes temporal y espiritual, corresponde a estas tres sociedades: la familia, la sociedad civil y la Iglesia. Pero, de un modo particular y supereminente, la Iglesia tiene prelación de derechos sobre la familia y sobre la sociedad civil en la educación del hombre, por dos títulos de orden sobrenatural concedidos a Ella por el mismo Dios; esos dos títulos son: Primero: La expresa misión comunicada a ella por su divino Fundador: "A mi se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la Tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos" (San Mateo, Cap. 28, Art. 18, Verso 20).

El segundo título, según palabras de Pío XI en su encíclica antes citada "es la maternidad sobrenatural con que la Iglesia, esposa inmaculada de Cristo, engendra, alimenta y educa las almas en la vida divina de la gracia, con sus sacramentos y su enseñanza".

Así pues, la Iglesia, consecuente con este pleno derecho de docencia, se ha dedicado desde su fundación a la educación del hombre en todos los campos.

Una prueba de la labor incontrastable de la Iglesia nos la dará una mirada retrospectiva sobre la humanidad en los tiempos anteriores al nacimiento de la Iglesia: las civilizaciones china, hindú, griega y romana dominantes por aquel entonces en el mundo conocido, eran incapaces a través de sus filosofías de explicar al hombre y de conocer su fin último; sus sistemas pedagógicos eran inoperantes, pues carecían de un fin teleológico acorde con la naturaleza espiritual del hombre.

En China, la educación tenía por objeto capacitar al individuo para desempeñar un empleo público; en la India, la educación enseñaba al hombre el dolor, la desesperación y la manera de precipitar el espíritu en el Nirvana, en la Nada.

En Grecia y Roma deificaba los gobernantes y el Estado rompía en el hombre toda aspiración espiritual, mostrándole una pléyade de dioses pasionales, imperfectos y monstruosos.

Aparece la Iglesia, aparece el cristianismo y hace desaparecer el caos espiritual existente en el mundo; da una explicación superior del hombre por medio de su filosofía y nace una nueva civilización, la civilización cristiana. A-

caba de nacer la Iglesia y con el auxilio de su divino Fundador da un vuelco saludable al orden de ideas existente. Su filosofía en poco tiempo enseña al hombre a corregir los errores en que estuvo sumido por milenios; su filosofía de amor, esperanza, alegría y comprensión enseña al hombre la dimensión exacta de su naturaleza.

Pensemos en las primeras épocas del cristianismo, cuando la resignación y la fé de los primeros mártires enseñaron a los orgullosos y depravados romanos la existencia de una patria común y sobrenatural; y cómo la Iglesia enseñó a los griegos que las artes podían glorificarse en el servicio de una causa espiritual y eterna y cómo no debían rebajarse en el servicio de motivos rastreros y venales.

Qué gran docencia social la de la Iglesia. Convirtió sociedades corrompidas y viciosas resultados de la inmundicia y del pecado, en sociedades sanas y juiciosas con sus ejemplos y sus enefianzas.

Observemos ahora más detalladamente la labor educativa de la Iglesia.

Comienza ésta, propiamente en el siglo II. Siendo su misión enseñar a todas las gentes, es apenas explicable que ésta haya empezado por sus hijos, los fieles.

Para ellos creó, junto a cada monasterio, iglesia o catedral, una escuela, donde se atendía a los niños, no solo en su educación para la vida cristiana, sino también a su instrucción en todas las ramas del saber.

Escuelas catequísticas. En el siglo II tuvo origen la enseñanza catequística formando verdaderas escuelas. La más famosa de todas fue la de Alejandría, fundada según se cree por el Apóstol San Marcos.

En ella, bajo la dirección de Panteno, filósofo convertido y de San Clemente Alejandrino, quien le sucedió en la dirección, se formaron verdaderos paladines de la fe; llegó a ser considerada como la madre de los apologistas cristianos. Tal fue su importancia, que pronto alcanzó el nivel de catequética es decir, encargada de formar personas idóneas para catequizar a los gentiles.

Escuelas Monacales. Monroe afirma en uno de sus tratados sobre la educación, que desde el siglo VI hasta el XVI, la historia del monasticismo es la historia de la educación.

Llega a esta conclusión después de palpar la importancia e influencia incontestable de la pedagogía monástica en la educación y cultura occidentales. En efecto, los frailes fueron los educadores de Europa en aquella época y aún después, ya que las Universidades fueron colocadas bajo su acción docente.

San Basilio en Oriente y San Benito en Occidente, son los fundadores de la pedagogía monacal.

En el siglo VI San Benito funda la orden que lleva su nombre y en poco tiempo, los conventos y las escuelas anexas a ellas pasan de 15.000. A estas escuelas van los niños a recibir la enseñanza ya que en esta época no se conoce otra clase de escuelas.

Escuelas parroquiales. Desde los albores del cristianismo los párrocos fundan escuelas elementales en las cuales a la vez del catecismo se enseña a los niños lectura, escritura, cálculo y rudimentos de gramática.

El primero que organiza en forma estable una escuela parroquial es el sacerdote Protógenes de Edesa. El concilio de Vaison (año 529) dispone oficialmente el funcionamiento de tales escuelas.

En Orleáns, por orden del Obispo Teodulfo, los presbíteros abren escuelas en que se educa e instruye gratuitamente a los hijos de los feligreses.

Son estas escuelas parroquiales el verdadero germen de la escuela primaria gratuita y popular.

Observamos pues, que en realidad de verdad, la educación en estos primeros siglos ha estado casi totalmente en manos de la Iglesia.

Llega luego el Medioevo, y con él nuevas inquietudes educacionales; la Iglesia marcha a la vanguardia en la difusión de las nuevas ideas.

Con San Anselmo, San Alberto Magno (doctor universal), y Santo Tomás de Aquino (doctor angélico) a la cabeza, el escolasticismo como sistema filosófico y pedagógico se impone.

Colegios universitarios y universidades. Como resultado y consecuencia de las experiencias adquiridas en las escuelas monacales surgen los colegios universitarios y las universidades.

En el siglo XIII el sacerdote Roberto Sorbon establece una institución dedicada a la instrucción teológica de los estudiantes graduados en artes liberales. Tiene un edificio común y tanto los profesores como los alumnos están bajo la dirección de un regente o rector. Este colegio es el principio de la Universidad de París, La Sorbona. Desde el siglo XI comienzan a surgir las universidades. A las escuelas catedrales y monacales se fueron agregando otras escuelas hasta llegar a constituir una especie de asociación de escuelas en las cuales se atendía a la instrucción de los alumnos en todos los estudios conocidos en una ciudad.

La esencia de las universidades está en la asociación de los alumnos y los maestros, y por eso se llamó: "Universitas Magistrorum et Scholarum"; "Todos nosotros, maestros y escolares". Las universidades no se fundaban por Bula Papal, o por una orden real; cuando resultaba una asociación o universidad, era puesta bajo el patrocinio del Soberano Pontífice o del Rey, o de los dos, y de ellos obtenía los privilegios y los títulos que la amparaban.

Las mas famosas entonces fueron la de París, y las de Salerno y Bolonia en Italia, surgidas de escuelas catedrales o monacales.

En los siglos XVI y XVII surgen instituciones que bajo el patrocinio de la Iglesia se dedican con celo encomiable a la educación.

En el año de 1540 es fundada la Compañía de Jesús por San Ignacio de Loyola.

En principio tuvo como fin librar la batalla dogmática, moral y educativa contra la falsa reforma; luego su obra pedagógica se extiende a escuelas, colegios, universidades y misiones.

En 1621 es aprobada por el Papa y elevada a la categoría de orden la congregación de sacerdotes dedicados al cuidado y educación de los niños desamparados, fundada por San José de Calasanz. Desde entonces, sus miembros han abierto escuelas y colegios en todas las partes del mundo. "Se debe proveer, dice Calasanz, de maestros hábiles a los niños pobres para que les pongan pronto en disposición de ganarse más fácilmente lo necesario para la vida".

Desde este punto de vista a la orden de las Escuelas Pías corresponde el mérito pedagógico de haber organizado la enseñanza primaria para la clase popular.

En 1684 la Iglesia se apunta un nuevo triunfo pedagógico al ser fundada la "Comunidad de los Hermanos Cristianos".

Caída la educación en una desorganización e ineficacia total como resultado de las guerras religiosas, pues casi habían desaparecido las escuelas y las pocas que quedaban estaban en manos de maestros abyectos y venales; San Juan Bautista de la Salle se propone remediar tal situación; para ello, funda una comu-

nidad docente con el objeto de reabrir las escuelas y al mismo tiempo organiza una institución cuyo principal fin es la formación de maestros sabios y honestos. Es este el origen de las Escuelas Normales.

Fue tan extraordinaria su labor, que se le considera como el fundador de la pedagogía moderna.

Y en la época contemporánea, bajo los auspicios de la Santa Sede, se fundan universidades, colegios y misiones que, bajo la dirección de las distintas órdenes y congregaciones religiosas llevan la luz y la sabiduría al hombre en todas las latitudes. Nuestra Universidad, hija de las menores de la Iglesia por su edad, pero de las mayores por su desarrollo y vitalidad se precia, y con ella todos los profesores, de trabajar bajo la égida de tan sabia madre en la educación y formación del pueblo colombiano.

Para terminar, hago mías las palabras de San Agustín: "Oh Iglesia católica, verdaderísima Madre de los cristianos, con razón no solamente predicas que hay que honrar purísima y castísimamente al mismo Dios, cuya posesión es dichosísima vida, sino que también haces de tal manera tuyo el amor y la caridad del prójimo, que en ti hallamos toda medicina potentemente eficaz para los muchos males que, por causa de los pecados, aquejan a las almas. Tú adiestras y amaestras puerilmente a los niños, con fortaleza a los jóvenes, con delicadeza a los ancianos, conforme a la edad de cada uno, en su cuerpo y en su espíritu. Tú con una, estoy por decir, libre servidumbre, sometes los hijos a sus padres y pones a los padres delante de los hijos con dominio de piedad.

"Tú con vínculo de religión más fuerte y más estrecho que el de la sangre, unes a hermanos con hermanos... Tú, no sólo con vínculo de sociedad, sino también con una cierta fraternidad, ligas a ciudadanos con ciudadanos, a naciones con naciones; en una palabra, a todos los hombres, con el recuerdo de los primeros padres. A los Reyes enseñas a mirar por los pueblos; a los pueblos amonestas que obedezcan a los Reyes. Enseñas con diligencia a quién se debe honor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién exhortación, a quién corrección, a quién reprensión, a quién castigo; mostrando como se debe todo a todos, pero si a todos la caridad, a ninguno la ofensa".

---